GRANADA.—PALACIO DE LA ALHAMBRA

SALA DE LA BARCA, ANTES DEL INCENDIO OCURRIDO EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1890

LA ALHAMBRA

¡Granada! patria hermosa del sol y de las flores
Que arrullan mansamente el Darro y el Genil;
Donde la luz esparce más vivos resplandores,
Donde la blanca nieve corona sus alcores,
La patria, tan llorada, del mísero Boabdil.

Yo he visto de tu cielo la plácida alegría;
Yo he visto de tu vega la fértil extensión
Cubierta de esmeralda, perfumes y poesía,
Donde las aves cantan la aparición del día,
Y el alma se embelesa y late el corazón.

Dejad que vuestras brisas ¡oh espléndidos verjeles!
Aspire el bardo errante que se encantó al pasar,
Creyendo ver doquiera los blancos alquiceles
Que en tu recinto augusto llevaban las infieles
Sultanas de ojos negros de lánguido mirar.....

Historias de otros dias, muslímicas grandezas,
Suspiros del Oriente, venturas del amor,
Añejas tradiciones sembradas de proezas,
Deidades do palpitan encantos y bellezas,
Llegad hasta la lira del viejo trovador.

Venid, en alas siempre de extraña fantasía;
Llegad, ocultos silfos, amigos del rosal;
Salid, inquietos gnomos, decidme con el día
En dónde está esa Alhambra dechado de poesía,
En dónde está esa joya del numen oriental.

¡Aquí! dicen los silfos con charlas peregrinas;
¡Aquí! dicen los gnomos henchidos de placer,
¡Aquí! con lenguas de oro las luces matutinas,
Y el coro, siempre grato, de obscuras golondrinas,
Con jubilosos ecos del África al volver.

La veo al fin; mis ojos se cierran dulcemente,
La maga de los sueños me toca al corazón,
Las auras acarician mi ya abrasada mente,
Y flota por mi espíritu la viva luz de Oriente,
Y escucho de la guzla morisca el grato son.

Después siento que llegan las brisas de la aurora,
Y me hablan dulcemente de amores al pasar,
Y finjo ver delante visión encantadora,
Y de sus puros labios abeja libadora
Aspira los efluvios que tiene el azahar.

«Soy, dice luego, el símbolo de amor y poesía,
El hada misteriosa del Darro y el Genil,
La musa de los árabes, la bella Andalucía,
Que dió vida á sus sueños de rica fantasía
En un palacio orgullo del andaluz pensil.

»Obreros de mi idea busqué como á un tesoro,
Los genios que aun ocultos en ella vivirán,
Los que la piedra encaje tornaron de azul y oro,
Y en camarín lujoso que el indolente moro
Bordó con inscripciones tomadas del Korán.

»Calados ajimeces para soñar amores,
Arcadas y columnas esbeltas por igual,
Y patios con mil fuentes de altivos surtidores,
Jardines donde cantan los pardos ruiseñores,
Y torres más esbeltas que la palmera real.

»¡Miradla! no es que, ciega, pondere su belleza.
Alcázar misterioso, privilegiado edén,
Concluye donde el arte su concepción empieza;
Con Alhamar, celoso, más crece su grandeza,
Y la nevada sierra admírala también.

»Le envían sus aromas las delicadas flores
Que culto fiel le prestan por cima del Padul,
Conciertos matutinos los pájaros cantores,
Las rosas y claveles sus toldos de colores,
Dosel brillante el cielo eternamente azul.

»De sus caladas torres es fijo centinela
El astro de la noche, que nos convida á amar;
La luna que á los tristes con éxtasis consuela
Y baña con sus luces la torre de la Vela,
Fantasma sempiterno envuelto en azahar.

»¡Miradla, sí! es mi Alhambra mansión esplendorosa
Que entre floridos cármenes se ostenta cual joyel;
La que en tranquilo lecho primaveral reposa;
La que al dictado, siempre, responderá de hermosa,
Y llorarán, ausentes, los hijos de Ismael!

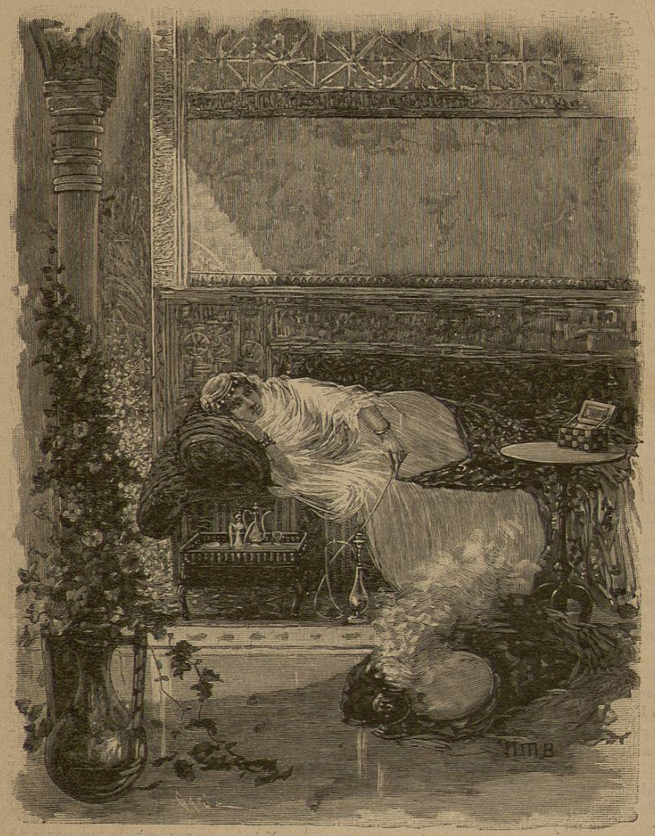
»En ella el pintor busca espléndidos colores,
El músico, armonías; el vate, inspiración;
Ensueños, el que sufre; el corazón, amores;
Quien piensa, siente y quiere, encantos seductores;
El alma no dormida, eterna aspiración!

»¿Dejaste de ser mora mansión del Islamismo?
¿Esclava del cristiano? No pudo nunca ser;
Que llevas en tí el sello de antiguo orientalismo,
Nacida para emblema de eterno sensualismo,
Es tu recinto mágico el nido del placer.»

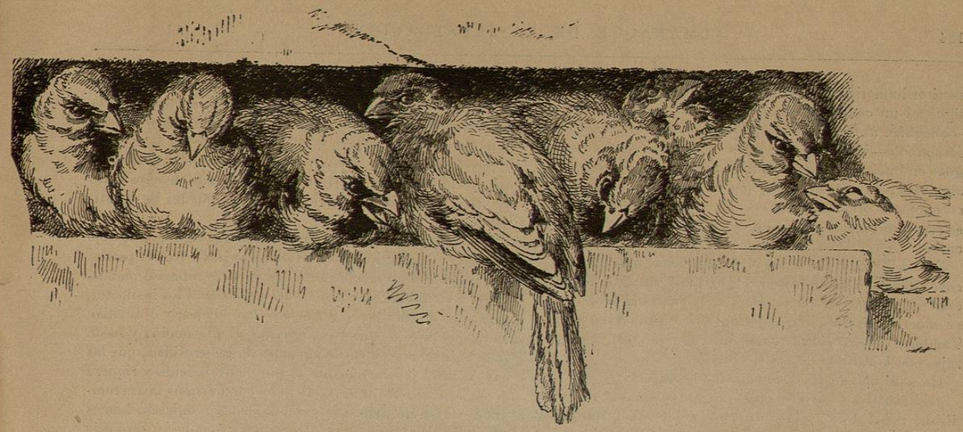
. . . . . .

Enmudeció la Musa; la luz de blanca aurora
Borró con tintas suaves la extraña aparición:
Llegó hasta mí un suspiro desde la costa mora,
Y obscura golondrina, su fiel embajadora,
Tradujo en dulces trinos, alegre, su misión.

JULIO VALDELOMAR Y FÁBREGUES.



EL DESCANSO DE LA FAVORITA.—Dibujo de D. Manuel M. Bringas.



«LA BÊTISE HUMAINE»

SEGUNDA PORCIÓN (1)

No se reparten esquelas.

Las majaderías humanas, que parecen patrimonio de los vivos, suelen trascender en ocasiones á los muertos. Y es que ni siquiera los muertos se sustraen al espíritu de imitación y á la servidumbre de la vulgaridad.

Constantemente se lee en los anuncios de defunciones notables la cláusula de que no se reparten esquelas por encargo expreso del difunto. Esto, que á primera vista resulta humilde, no es en la práctica sino una guerra sorda contra los litógrafos. Antes, al ocurrir un fallecimiento, se volaba á la litografía para que, en el más breve espacio posible, un papel impreso anunciase á deudos y amigos la ocurrencia fatal; y al pedirles oraciones, pedíaseles también su concurso en el acto terrible de dar sepultura al muerto. Los litógrafos tenían las piedras preparadas con su orla y su cruz; un calígrafo permanecía de centinela para acudir á este servicio á la media noche; el tórculo entintado aguardaba la plancha para reproducir ejemplares; los sobres estaban hechos, los repartidores prevenidos: era un gusto espirar, sabiendo que á las pocas horas habían de emocionarse con la noticia las contadas personas de nuestro verdadero afecto y especial cariño. Podíase estar seguros de que al recibir la esquela, el que menos habría de decir: *¡pobre Fulano!* y los más llevarse las manos á los ojos para recoger sus lágrimas.

Hoy, por el contrario, se anuncia el fallecimiento á todo el mundo, lo mismo al que ha de encogerse de hombros y decir, *¡á mí qué!* que al individuo ausente de la familia, cuya sorpresa puede ser horrorosa. Largas filas de anuncios mortuorios en los diarios de gran circulación, trasunto ya de los nichos alineados en los cementerios, ocasionan plegarias como las siguientes:—«¡Qué apellido tan raro! ¡Por allá nos aguarde larga fecha! ¡Apenas tiene cruces! Éste debía ser tonto», etc., etc.

Pero, eso sí; no se reparten esquelas: la humildad sobre todo. Hasta por economía es útil este método, puesto que acrece la herencia de la familia. Las esquelas cuestan treinta ó cuarenta reales, y los anuncios de los periódicos suelen costar treinta ó cuarenta duros: en cambio las esquelas no podían menos de leerse al recibirlas, y los anuncios suelen escaparse á la investigación del más interesado.

Humildad hemos dicho: ¿quién duda de la humildad que envuelve la prohibición de repartir esquelas? No hay sino leer el final del anuncio en que *se suplica el coche.* De las esquelas puede prescindirse por expresa voluntad del difunto; del coche no, aunque vaya vacío. ¿Qué clase de entierro es ése en que no caminan muchos coches detrás? Cierto

(1) Véase el *Almanaque* de 1890.

escritor humorista ha dicho que el relato de los coches que siguen á un cadáver le parece cosa así como si se dijese: —«Seguían al féretro las botas de *Fulano* ó el paraguas de *Mengano*.»—Y, en efecto, unas botas fuertes y un paraguas en buen uso constituyen el carruaje de la clase media, algo más personal, sin duda, que el coche, los caballos y los cocheros. Se olvidan, pues, los difuntos, al encargar que no se repartan esquelas, de decir que tampoco se suplique el coche.

Pero á los difuntos se les olvidan muchas más cosas. Reconcentrada su humildad en la guerra á los litógrafos, no caen en que debían extenderla á la prohibición de anunciar su muerte con tratamientos ostentosos y títulos mundanos. También se les olvida prevenir que su humildad corra parejas con la caridad de sus herederos.

He aquí una de las notas mortuorias al uso:

«Ha fallecido el Excelentísimo, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Don *Fulano de Tal*. Era Duque, Marqués y Conde; Grande de España de primera clase; Gentil hombre de Cámara con ejercicio y servidumbre; Senador del Reino por derecho propio; estaba condecorado con infinitas grandes cruces, y era muchas veces benemérito de la patria; descendía de los Alburquerques, Padillas, Córdovas y Guzmanes; deja en nuestro país un vacío difícil de llenar», etcétera, etc.

He aquí ahora una nota moderna que podía sustituir á la antigua:

«Ha fallecido Don *Fulano de Tal*. Lega la quinta parte de sus bienes á los pobres; educó y dió oficio á varios huérfanos; fundó una escuela; instituyó dotes para los criados que le habían servido con fidelidad y virtud; pide perdón á los que haya podido ofender, y agradece desde luego los sufragios que por su alma le dediquen su familia, sus amigos y los menesterosos.»

De estas dos notas, la primera resulta elegante, y la segunda tal vez un poco pedestre; pero respecto al vacío de la una, debe advertirse que fué el que llenó el difunto por muerte de su padre, y el mismo que llena su hijo por muerte de él, poco difíciles en verdad; mientras que la segunda nota lleva tras de sí nobles ejemplos, estímulos provechosos y memorias imperecederas.

Todo es irse acostumbrando á ciertas fórmulas de redacción; y así como los moribundos han tomado la costumbre de decir que no se repartan esquelas, pueden ir tomando la de encargar que se reparta dinero. Costumbre por costumbre, ¿no van perdiendo ya la de pedir que se les entierre con hábito de fraile? Antiguamente exhortaban á la caridad en las últimas horas el sacerdote y el notario; pero prohibida la herencia á éstos, para evitar abusos, bien pudo ordenárseles por la ley misma que si no pedían para sí pidieran para otros, y á la manera que al testador se le pregunta de oficio qué deja para la *Obra Pía*, y siempre deja algo, podría preguntársele qué deja para los pobres, porque no es verosímil que á tan solemne pregunta contestase: «nada», y sí es de temer que quien no era liberal en vida sea tacaño hasta la hora de la muerte.

Sugiérenos estas reflexiones la experiencia de lo que ocurre á cada momento. Mueren entre nosotros personas riquísimas que se contentan con dejar ordenado, como tributo de piedad, que no se repartan esquelas, ó que se les entierre en el suelo, ó que no haya lujo en sus funerales; es decir, virtudes todas de poco costo, y más ocasionadas á la conservación que al derroche de su peculio. Estos señores muertos debían saber que á la Providencia no se la engaña, y que el que no hace para otros no hace para sí; por manera que sus humildades de ultratumba, no yendo acompañadas de actos benéficos ó patrióticos, son humildades de mentirijillas.

En otros países, apenas hay muerto distinguido que deje de haber pensado al testar en sus semejantes ó en la patria. Legan pinturas ó esculturas á los museos, libros ó manuscritos á las bibliotecas, objetos de enseñanza á los institutos, pensiones de educación á ciertas capacidades; y ó auxilian obras públicas ó conceden derechos al procomún, y hasta cuando incurren en extravagancias de generosidad, que las hay, ayudan indirectamente al engrandecimiento y riqueza de su país. En España, desde que abandonamos la costumbre de dejárselo todo á las comunidades religiosas, hemos adoptado el sistema de no ofrecer nada á nadie, ú otro más cómodo y egoísta á la vez, el de no testar. Con pretexto de atender á sagrados deberes de familia, deberes que alguna vez desatendimos en las prácticas del mundo, entregamos la hacienda á herederos no siempre afectuosos, los cuales de ordinario se resisten á proseguir las caridades del muerto, si las tenía, ó destruyen y malvenden el fruto de su aficiones que en poder de la colectividad iría contribuyendo al esplendor del Estado.

Hay, pues, que variar la noción de los deberes sociales á la hora de morir. Santo y bueno que se les deje á los hijos y personas de nuestro afecto la masa casi absoluta de los bienes que se posean; pero no se lleve este principio egoísta, que egoísta es desde que se reconcentra en uno propio, á los límites de una exageración miserable y poco cristiana. La humildad, para ser virtud, ha de ir acompañada de la caridad; y esos que se creen humildes porque no reparten esquelas, se parecen á aquel que testaba en esta forma:

«No tengo nada. Debo mucho. El resto, para los pobres.»

La policía secreta.

Hay en el mundo una institución que no pertenece al orden civil, ni al militar, ni al eclesiástico, ni al de la justicia, ni al de las artes. Tampoco pertenece á la aristocracia, ni á la mesocracia, ni á la democracia, ni al pueblo, ni á la plebe. Es una institución híbrida, multicolora, expósita, sin antecedentes ni consecuentes, sin presupuesto de subsistencia aunque come, sin fórmula de trabajo aunque se agita, sin examen ni título aunque ejerce, sin personalidad y sin nombre aunque vive; una institución, en fin, misteriosa, sombría, impalpable, especie de microbio humano que se introduce no se sabe por dónde y ejecuta no se sabe qué, pero que sirve no se sabe cómo para garantir la propiedad, la familia, la religión, el sosiego, la honra y la fortuna de los ciudadanos. El lector, por torpe que se confiese, no habrá podido menos de reconocer que se trata de la policía secreta.

Al policiaco secreto, cuando es masculino y transeunte, no lo conoce nadie, porque si se le conociera dejaría de ser policiaco, y, sobre todo, secreto. Ese hombre, pues, mezcla

de clase media y de pueblo bajo, con ropas en buen uso, aunque á estilo y corte de prendería; cadena de reloj en níquel ó acero, larga y ondulosa; bastón gordo y claro en el cual parece que se oculta un pincho de consumos; fisonomía afeitable dos veces por semana; lento andar y mirada escrutadora, lindando con simple; ese hombre no pertenece ni puede pertenecer á la policía secreta. Vive en la inacción, quizá porque es cesante con ahorros ó marido de mujer que trabaja; frecuenta los cafés, porque conoce á los mozos, ó por pasar el rato; no habla con nadie porque tiene pocas relaciones ó por prudencia; si alguna vez forma corro, es con individuos de su especie, para cambiar monosílabos ó dirigir una ojeada sobre los que transitan; circula en un estrecho radio de la ciudad, donde es mayor el concurso público, ó donde el concurso público se aglomera con cualquier pretexto; en el invierno se diría que lleva un arma debajo del abrigo, pero en verano la disimula más, pues apenas se le conoce un bulto hacia el costado ó un objeto en la manga. Finalmente, quien diga que conoce á la policía secreta es un embustero ó un tonto.

¿Quién ha de conocerla? Preguntad á los asesinos, ladrones y rateros: ellos os dirán que viven desorientados entre sus

¡CUIDADITO!—Cuadro de C. Mayer.

perseguidores, como lo prueba que alguna vez los roban por equivocación ó les dan de palos sin saber lo que hacen. Ha sido una buena idea esa de que la autoridad se despoje de todo prestigio externo para ejercer mejor su bienhechora influencia; algo así como del lobo que se viste de cordero para que se lo coman los otros lobos; buena idea, ciertamente, buena idea.

La sociedad la ha tomado de los gobiernos, ó, por mejor dicho, los gobiernos deben haberla tomado de la sociedad. *La Vieja del candilejo* es el primer documento histórico de policía secreta aplicada al servicio del Estado.—Efectivamente, esa mujer que pasa la vida observando por la entreabierta ventana ó tras los visillos de su balcón lo que acontece á vecinos y transeuntes, para adquirir datos y forjarse historias que luego repite como artículos de fe, ¿no es un perfecto ejemplar de policía secreta?—Ese solterón desocupado, que entretiene los días en visitar comadres, interrogar conocidos, cazar palabras al vuelo y zurcir con antecedentes mancos y consecuencias cojas el cúmulo de novedades que de continuo ofrece á cuantos quieren oírselas, ¿no es un policiaco de primera magnitud?—Pues qué, ¿hay que disfrutar sueldo ó percibir interés para revolver el mundo por gusto de revolverlo, y hacerse el personaje siendo un quidam?

Doña *Fulana* se ha quedado soltera, pasa con mucho de los cuarenta años, y no disfruta grandes atractivos femeniles. Por las noches acude desde primera hora á la tertulia, se sienta y habla poco; pero ¡qué miradas sobre los ojos de Pepita, qué observaciones sobre las sonrisas de Juanito, qué reparos con las toses del militar, qué cuenta con el sitio en que se coloca el marqués, qué alza y baja de los trajes de todos, qué apuntes, qué tijeras para levantar el pellejo al día siguiente á sus queridos amigos en la portería de las *Cuarenta horas!* Eso se llama ser policiaca de afición, ó si se quiere, de plantilla.

Peranzules es joven y haragán; por consiguiente, ha perdido la carrera. No sabiendo escribir, se echa á redactor de periódicos, y como en el ejercicio de la profesión le estorba lo negro, acepta el papel de buscar noticias. Él es el autor de esos sabrosos artículos en que abunda la prensa contemporánea, y que por ejemplo dicen:—«Anoche estuvo el general *Citano* más de una hora con el Ministro de Marina á puerta cerrada. Se hacen muchos comentarios sobre esta conferencia.—Ayer llegaron por el Norte el Duque, la Duquesa y sus hijos, dos frailes franciscanos y un destacamento de tropas.—Se han repartido papeletas para una reunión mañana en el círculo X. Aun cuando los socios guardan gran reserva sobre el objeto de esta junta, corren rumores de que ha de ser interesante.—Han recibido la bendición nupcial de manos de un virtuoso sacerdote, la simpática señorita R. y el aplicado joven Q. Fueron padrinos el padre de la novia y la madre del novio, quienes después de derramar abundantes lágrimas, se fueron á almorzar al *Caballo blanco.*»—Ya se ve, el hombre no ha pasado de la puerta del Ministerio, ni del andén de la estación, ni del atrio de la iglesia, ni le dan cuenta de nada sino á retazos; es un policía perdiguero, que corre, se para, husmea y escribe. ¡Pero qué policía tan útil en nuestra época! Sus chismecillos constituyen uno de los mayores encantos de la generación actual, pues, según ha dicho un filósofo, nada es tan interesante como contemplar un edificio tras de cuyas paredes se supone que debe pasar algo.

La policía secreta, masculina ó femenina, puede ser comparada con esas salsas picantes que se aplican modernamente á los condimentos, y sin las cuales parecen sosos todos los guisados. El día en que la sociedad caminara por sus trámites naturales, sin que ciertas gentes, por afición las unas, retribuídas las otras, ejercieran una vigilancia sobre las demás, para que con un gesto de aquí, un guiño de allí, una palabra suelta de otro lado y la aguda inventiva del curioso observador se formasen historias que, aun cuando no fuesen ciertas, fueran verosímiles; ese día el mundo, lejos de progresar y ser divertido, retrocedería á los tiempos bucólicos, en que los hombres no sabían qué hacerse. El mayor adelanto de la especie humana consiste en espiarse unos á otros, para que el segundo y el tercero cuenten al primero lo que el tercero y el primero han averiguado del segundo. De este modo hay tanto que hablar, tanto que escribir y tanto que leer. Desterrad de un pueblo la chismografía, y adiós, pueblo; desterradla de la política, y adiós sistema representativo; desterradla de las naciones, y adiós historia universal. Eso de la *balsa de aceite* es una agrupación de criaturas en que nadie se meta más que en lo que le importa.

No es, pues, la policía secreta una de esas instituciones que hay que mirar por encima del hombro. Desde su representación más sublime, que la constituyen la diplomacia y la estadística, hasta el mozo que vimos por la plaza disimulando su oficio, la policía secreta nos abarca y oprime por todas partes. Los parentescos temibles, la suegra y los cuñados, son policía secreta; la doncella de la señora y el ayuda de cámara del señor, policía secreta también; el mozo de recados y el portero, policía secreta; son policía secreta la modista y el sastre, el vecino de enfrente, el tendero de comestibles; pero ¿qué más? lo son el médico y el sacerdote; sólo que éstos, al fin y al cabo, el uno cuida de la salud del cuerpo, y el otro se dirige á la salud del alma.

Cantidad y forma.

Los contrasentidos humanos se reducen ordinariamente á cuestiones de forma ó de cantidad. Meditemos.

¿Qué diría el lector si le asegurásemos que hemos visto á un coronel de la Guardia civil, vestido de uniforme, con la cruz laureada de San Fernando al pecho, oirse llamar en público canalla, sinvergüenza y cobarde, y que se lo tragó todo como un recluta? Diría que aquellos insultos se le dirigieron por un demente ó por un borracho. Pues no, señor; ni ebrio ni loco era el que se expresaba así. Fué un majo, que al atravesar el tendido de una plaza de toros tropezó y se dió de bruces contra una vieja, ante lo cual los de la grada de encima soltaron á reir. Rehecho el hombre, se encaró con los de arriba y les dijo: — «Todos los que están en esa grada son unos canallas, sinvergüenzas y cobardes; y si alguno es hombre, que baje aquí y nos veremos.» El coronel estaba entre los insultados; recibía la calificación de canalla, sinvergüenza y cobarde; pero como entre tanta gente tocaba á poco, se calló.

Cuestión de cantidad.

—¿Comprarían ustedes en una almoneda ropas de cama usadas?

—No, señor.

—¿Y peines servidos?

—Mucho menos.

—Pues no duerman ustedes nunca en ningún hotel, ni entren á peinarse en ninguna peluquería.

Cuestión de forma.

Pedir á una señorita honrada correspondencia amorosa por veinticinco duros al mes, es más que un agravio; es una injuria, casi un atropello, en el cual deben intervenir para su castigo todos los hombres de la familia. Pero si en vez de un aspirante sin fortuna, aunque sea muy discreto y muy guapo, se presenta un vejete de mala vida y costumbres, con corona nobiliaria y miles de duros de renta, entonces es una dichosa ventura la que se entra por casa, á cuyo logro deben contribuir deudos y amigos.

Cuestión de cantidad.

A un señor que tenía una habitación muy hermosa, pero con un ropero muy chico, se le ocurrió cubrir las paredes de éste con puertas de armario provistas de cerraduras y goznes. Todo el que entraba allí después, decía: «¡Qué ropero tan grande!»

Cuestión de forma.

—¿Se bañarían ustedes en el agua de una tina donde se hubiese bañado otro?

—No, señor.

—¿Y en una alberca donde se bañase un regimiento?

—Mucho menos.

—¿Y en una playa del mar?

—¡Oh! eso sí.

Pues en la playa se recogen las suciedades de cientos de bañistas y las que traen las olas de otros muchos lados; pero como hay tanta agua, se toca á poco.

Cuestión de cantidad.

Una señora mandó hacer á su cocinera arroz con leche para cuatro personas, cuando de improviso se le vinieron tres convidados más. Ella, sin inmutarse, dió orden de que en vez de volcar la cacerola del arroz en una fuente, la volcaran en un plato á modo de cucurucho, reforzado con huevo y harina. Y resultó que, si como arroz con leche no había para siete porciones, como *pudding* de arroz se pusieron todos los convidados y sobró la mitad.

Cuestión de forma.

—Necesito que me preste usted dos mil duros.

—¡Hombre, no puedo!

—Mire usted que es cuestión de honra.

—Lo siento; pero me es imposible.

—Mire usted que me voy á pegar un tiro.

—Lo siento mucho más; pero no tengo esa suma. ¡Si fueran dos mil reales!.....

—Démelos usted, é iré pidiendo á otros amigos para salvar mi honor.

Y el hombre da dos mil reales, muy contento, el día en que no hubiese prestado á nadie una peseta.

Cuestión de cantidad.

A un propietario rico dejan de pagarle unas rentas, y al cabo de cierto tiempo no se acuerda del cuándo ni del cuánto. Pero un día que estrena frac para un banquete, se lo mancha el criado de grasa. Veinte años después, dice el hombre:—«¡No saben servir! ¡qué brutos! A mí me mancharon un frac nuevo en la boda de D. Fulano.» El frac valía cuarenta duros, y las rentas importaban cuarenta mil reales. Pero ¡qué bruto el criado aquél! ¡qué bruto!

Cuestión de forma.

No concluiríamos nunca si fuésemos á aducir todos los ejemplos que se nos ocurren. Bastará, por vía de indicación para encontrarlos, exponer aquí dos apotegmas que andan en boca de todo el mundo:

PRIMERO.

«Yo no perdonaría jamás una bofetada. ¡Si fuese un bastonazo!»

Cuestión de forma.

SEGUNDO.

«Yo no me empringo en una porquería. ¡Si fuese una fortuna!»

Cuestión de cantidad.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.